

La señorita Kitty

Libros

por Rodrigo Pinto



Alejandro Sieveking. 34

Por Alejandro Sieveking. Editorial Planeta, Santiago, 1994. 169 páginas.

Sieveking, dramaturgo de larga trayectoria en la escena nacional, autor de obras bastante emblemáticas como *Tres tristes tigres* y *La remolienda*, vuelca ahora sus energías creadoras a la novela. *La señorita Kitty* es una historia menor, en el sentido de que se reduce a las desventuras de una pareja chilena típica —él, Osvaldo, profesor universitario; ella, Mercedes, periodista— que ve destruido su matrimonio, no tanto por grandes conflictos, sino por el influjo soterrado del hastío. Ambos comparten a una gata gorda y regalona, la señorita Kitty, especie de hilo conductor o simple catalizador de las emociones que circulan por el texto.

Curiosamente, dado el origen de su autor, a la novela le falta algo muy propio de la estructura del drama: un clímax. La narración se mantiene en un tono menor, sin concentrar los hilos en un solo punto que le dé fuerza y sentido al conjunto. Quizá el pie forzado de limitarse a los días de vida de la señorita Kitty es lo que obliga a un repentino final que se adivina sólo porque se están acabando las páginas del libro. La inclusión de referencias a antiguos comics (Tarzán, Flash Gordon y otros) tiene algún grado de interés por sí misma, pero probablemente habría sido

más eficaz si se relacionara directamente con la historia central. Algo similar ocurre con un tema que podría haber sido mucho más desarrollado, el de las monedas de oro que Mercedes encuentra entre las posesiones de una tía que acaba de morir.

Aparte de estos problemas, que pueden tener que ver con las dificultades de manejar un lenguaje artístico diverso al que estaba habituado, Sieveking mantiene algunas de sus intuiciones de dramaturgo. Los diálogos y un mediano desarrollo de los personajes principales mantienen vivo el interés por la lectura. El

acertado retrato de las condiciones de vida de la pareja de profesionales que vive de un sueldo, así como la visita de Mercedes a su antigua y decadente casa en Talca, llena de viejos agonizantes y transformada por necesidad en pensión para estudiantes, ofrecen pruebas de que en la construcción de ambientes narrativos, Sieveking tiene bastante que decir.

83 DÍAS

Por Georges Perec. Editorial Mondadori, Madrid, 1990. 291 páginas.

Es una obra dolorosamente incompleta. En ella trabajaba Perec en el momento de su muerte. 126 páginas contienen lo que llevaba avanzado hasta ese momento, una trama policial elegante y llena de recovecos, que funciona como las cajas chinas: un manuscrito contiene las claves para desentrañar un enigma, pero esas claves, a su vez, remiten a otros libros, o bien se esconden en pequeñas variaciones de la historia original. Una pista descubre otra pista, mezclándose luego con datos de la vida de los implicados en la historia, sean personajes de la serie original —la desaparición de un autor de novelas policíacas en una ex colonia francesa en África—, o de cualquiera de las series siguientes (autores de libros citados o usados como fuente para el manuscrito). La madeja se enreda cada vez más, sobre todo algunas correcciones del manuscrito revelan audaces denuncias contra el gobierno del país africano. El planteamiento es genial e inmediatamente atractivo. Desgraciadamente, el autor de novelas notables como *La vida instrucciones de uso* no alcanzó a concluirla.

El resto del libro contiene los apuntes de Perec para la continuación de *53 días*. Es otro laberinto, en el que el lector minucioso podrá encontrar material para construir su propia versión de lo que sigue. Es, además, profundamente revela-

dor de la técnica narrativa de Perec, de su modo de concebir la ficción, de las múltiples alternativas —la mayor parte de las cuales, probablemente, habrían encontrado ubicación en la novela— sugeridas para la trama y los personajes. El lector está ante una historia que se interrumpe bruscamente cuando comienza a encumbrar el vuelo; pero, por otra parte, se encuentra con múltiples posibilidades de continuación, que la convierten en un puzzle como los que tanto le gustaban a Perec.

EN LIBRERÍAS

Reedición. El español Luis Landero dio un golpe a la cátedra con *Juegos de la edad tardía*, que entró sin esfuerzo a la editorial que quiso y obtuvo un inusitado éxito de crítica y de ventas no sólo en el ámbito de la lengua española (desde su aparición en 1989, ha sido traducida a nueve idiomas). Tusquets la reedita ahora en su colección *Fábula* (Barcelona, 1994, 404 páginas), a un precio bastante accesible. La novela es una notable indagación sobre la identidad y los sueños de la adolescencia que pueden convertirse en peligrosas obsesiones cuando se ponen en marcha a una edad menos autorizada para la locura.

Clásico. La norteamericana Edith Wharton ha vuelto al candelero gracias a la magnífica versión de Scorsese sobre su novela *La edad de la inocencia*. Puede ser el momento oportuno para revisar o conocer estos precisos e inquietantes *Cuentos de fantasmas* (Madrid, Alianza, 1987; 307 páginas), muestra notable de un talento versátil, con el dejo clásico de la mejor tradición anglosajona. Según la autora, el único criterio para evaluar un buen cuento de fantasmas es su "cualidad termométrica: si nos produce un frío estremecimiento en la espina dorsal, ha cumplido su misión, y lo ha hecho bien". Ella pasa con rotundo éxito la prueba. ■